

Caminando por Salsipuedes

A Rosa González la conocí un día de junio en la bajada de Salsipuedes. El reloj marcaba un poco menos de las 12 del mediodía y aún no había vendido ni una sola de sus escasas mercancías. La descubrí, por casualidad, detrás de una desgastada y oxidada máquina de coser, sumergida entre trapos y cartuchos en uno de los kioskos de buhonerías del lugar. Ella, que había abierto su negocio desde hacía dos horas, se dedicaba a coser una camisa negra que alguno de sus clientes, los contados transeúntes del lugar, le había dejado el día anterior para remendarla.

Caminar por Salsipuedes significa sumergirse en un mundo de colores, sonidos y olores. Una mezcla sensorial que envuelve al caminante dentro de un oscuro, angosto y largo callejón, limitado a los lados por edificios de un siglo que una vez fueron majestuosos y en cuyas faldas se disponen pequeños negocios.

Caminando por Salsipuedes

Relojerías como incrustadas en la pared, una sala de belleza unisex, donde prometen tener la cura de la calvicie; una pequeña fonda, que acoge a los peatones y buhoneros; un taller de confección de polleras, donde se ve artesanas haciendo su labor; y una casa de santería, donde incluso se puede encontrar un amor extraviado, conforman el inmueble de la derecha. Del otro lado, en la base del edificio de La Pollera, los negocios parecen pequeñas madrigueras, repletas de artículos típicos.

El centro de la calle está inundado por kioscos de zinc y madera, dispuestos uno detrás del otro, donde se puede hallar hasta lo inimaginable. Libros y revistas de segunda mano, chucherías, bisutería, plantas y tallos medicinales, tabaco, frutas tropicales, artículos de cuero, implementos para la cocina, instrumentos musicales, rollos de cuerdas, gorras, cuadros de santos, camisas,

Caminando por Salsipuedes

correas y todo lo que se antoje del traje típico panameño, se ofrece dispuesto en pilas dentro de los puestos callejeros, o tendidos en ganchos de alambre en las carriolas de zinc fuera de los kioskos, que encierran los pasadizos y les da un tono oscuro. Un poco tenebroso pensé. Toda una odisea andar entre los delgados pasillos; caminar en fila india resulta lo ideal para esquivar el roce casi obligado con otro ambulante.

Mientras los buhoneros de los más de 100 kioskos y el resto de locales emplazados dentro del callejón fresco entrecruzan conversaciones a distancia, o escuchan en sus destartalados radios alguna emisora local, vendedores de lotería y de agua con raspadura ofrecen a gritos sus productos por los reducidos pasadizos.

Caminando por Salsipuedes

Pero Rosa solo se involucra con su silencio y con el pedazo de tela oscura que cose en su máquina. Quizás sea lo único que pueda dominar, pues las ventas y su destino no son lo que esperaba. De sus 53 años, lleva 30 siendo buhonera. Desde niña quiso ser maestra, pero después de cursar el sexto grado, la falta de recursos la obligó a dedicarse a la agricultura. Luego, a sus 18 años, emigró con su esposo a Panamá, alejándose tanto de sus sueños como de su terruño.